

Quédese ahí Pedro Crespo y quédese el Comendador de Almagro, por si a algún señor Académico le tiente el estudio del asunto, que es lindísimo, y que seguramente lo realizaría con más competencia que yo pudiera hacerlo. Ha llegado el momento de concluir, y concluyo con esta afirmación: La Judicatura y la Administración de Justicia son como el medio social quiere que sean, y esto lo acabamos de ver comprobado, aunque sea someramente, en *La Estrella de Sevilla* y en *Los intereses creados*. Si ello es así, como yo firmemente lo pienso, antes de que nadie se ensañe con la Justicia histórica, haciéndola de peor condición que a las demás instituciones, meta la mano en el pecho y lanzando una mirada a como actúan, a como se desenvuelven esas otras instituciones, diga si, después de todo, cada pueblo no tiene la Magistratura que merece; porque, señores Académicos, cuando en Dinamarca huele a podrido no son perfumes de azahar, no son pebetes de ámbar, los que se respiran y se perciben en los Palacios de Justicia.

DIEGO MARIA CREHUET



Voces y expresiones viciosas

Ronronear y runrunear.

Es muy frecuente en la literatura atribuir a una palabra

el significado de otra, y asimismo poner en labios de un autor lo que dijo otro. Escritores tan justamente celebrados como D. José Ortega y Gasset y D. Ramón Pérez de Ayala atribuyeron a un filósofo de la antigüedad el «Pega, pero escucha» del general ateniense Temistocles. También el ilustre pensador desaparecido hace poco, atribuyó a Tántalo (1) la propiedad que tenía el rey Midas, de convertir en oro cuanto tocaban sus manos. (Tántalo no tuvo otra relación con el oro que el perro de este rico metal que Pandarco robó y que Rea esposa de Saturno y madre de Júpiter había puesto, como guardián, al lado de éste y de su nodriza). D. Juan Antonio de Zunzunegui en su novela *¡Ay... estos hijos!*, premiada por la Real Academia Española, pone en boca de Donoso Cortés el «Dios es grande en el Sinaí»... de Castelar, en su discurso de réplica al canónigo Manterola en las Cortes constituyentes de 1869. (2) D. Eduardo Aunós, en su *Biografía de París*, hace nacer a Júpiter de la cabeza de Minerva (3), cuando todos los mitólogos están de acuerdo que fué Minerva la que nació, de punta en blanco y armada de los pies a la cabeza, de la de Júpiter. Y por no hacer excesivamente prolija esta enumeración, D. Eusebio García Luengo (4) tradujo el *homo hominí lupus* del poeta latino (*La Asinaria*, de Plauto, Acto II, Escena IV) así: *el lobo es el lobo* (¿y qué iba a ser sino?) *para el hombre*, cuando la versión correcta sería: «el hombre es un lobo para el hombre», o bien «para su semejante».

Se me argüirá que nada de esto rebaja los quilates de oro obrizo

(1) *Obras* de José Ortega y Gasset, (Madrid, 1932) pág. 864. En ediciones posteriores—*Obras completas* (Madrid, 1955) t.º IV, *Triptico*, Colec. Austral (Madrid, 1955), etc.—aparece corregido el *lapsus*.

(2) «Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede. el rayo le acompaña, la luz le envuelve»... *Diario de Sesiones*... N.º 47, del Lunes: 12 de Abril de 1869.

(3) Madrid, MCMXLIV. Pág. 247.

(4) *Oposiciones e influencia* (A B C del 3 de Dicbre. de 1954.

de los autores citados. Efectivamente. Pero mejor habría sido no incurrir en tales distracciones. Reconozcamos que se lee muy de prisa; que se escribe más deprisa aún y que nos fiamos demastado de la memoria; es decir, que le exigimos una seguridad o garantía que no puede darnos.

Un diccionario, por ejemplo, en las manos expertas de un escritor, le evitaría incurrir en dislates o descuidos respecto del lenguaje, de los que ningún beneficio reciben las letras.

Ronronear es un verbo onomatopéyico: expresa el ronquido que produce el gato en demostración de contento.

«Se pasaron un buen rato sin hablar. Este mutuo paladeo del silencio constituía uno de los aspectos más preciados de su amistad.

—¿Feliz?—le preguntó él suavemente.

Ella le contestó con una especie de *ronroneo*.

—Siempre sospeché que eras medio gata». (*Moulin Rouge*, de Pierre La Mure. (Barcelona, 1954) pág. 291.

«Eres como un gato—acostumbraba ella a decirle cuando el niño se restregaba la mejilla contra el brazo materno —¿Por qué no *ronroneas* ya?» *Ciego en Gaza*, de Aldous Huxley. Selecciones Airón, pág. 33.

Es copiosísimo el uso incorrecto de este verbo intransitivo y del sustantivo que denota tal acción. Desde el maestro *Azorín*, pasando por novelistas del momento presente, como *Zunzunegui*, *Darío Fernández Flórez* y *Luisa Forrellad*, hasta la pléyade de traductores que ponen a disposición del lector español, en deficientísimo castellano, las novedades literarias foráneas, forman legión los que yerran reiteradamente al servirse de estas dos voces.

«La avispa no *ronronea* indecisa sobre el agua» *Azorín: Fantasías y devaneos*. (Madrid, 1920), pág. 237.

«Llegaron al banco cuando empezaba a animarse el patio central. Ese abejorro de colmena, hecho de voces, pisadas, *ronroneos* de carros de máquinas de escribir y tecleos de máquinas de operaciones» Juan Antonio de *Zunzunegui: La vida como es* (Barcelona, 1954) pág. 639.

«Después, ya más entonado, se dispone a afeitarse con su máquina eléctrica, que emite el sordo *ronroneo* de su motorcito» *Darío Fernández Flórez: Alta costura*. (Madrid, 1954) pág. 71.

«No pudo contestar; estaba emocionado y empezó un *ronroneo* vehemente, poderoso, que resonó en los ámbitos del comedor» *Luisa Forrellad: Siempre en capilla* (Barcelona, 1954) pág. 275.

«Al abrir la puerta de mi cuarto oí un oscuro *ronroneo* como si alguien cantara por lo bajo» *Ib.*, pág. 247.

«Pronto el *ronroneo* del *Primus* (un infiernillo) y el calentamiento general de la atmósfera nos hicieron revivir» Frances Macleman. Trad. de *La ascensión al Everest*, por Sir John Hunt. (Barcelona, MCMLIV) pág. 227.

«De pronto se oyó débil, ligero y siniestro... un *ronroneo* lejano»... «El *ronroneo* era cada vez mayor... Debían de producirlo al menos diez aviones franceses». Jesús Ruiz y Guillermo Marigó.

Trad. de *Invasión*, de Maxence Van Der Meersch. (Barcelona, 1955) pág. 295.

El ruido que hace el gato para demostrar su contento, nada se parece al de una avispa, ni al de los carros de las máquinas de escribir, ni al de una maquinilla eléctrica, ni al de un infiernillo, ni al de unos aviones. Todos estos ruidos difieren entre sí lo bastante para no parecerse a otro determinado.

Impresiona gratamente a cuantos defendemos la integridad del lenguaje, ver como hay traductores que saben manejarlo correctamente.

«De cuando en cuando en el piso se movía un ratón: *Tabitha Bethia* (una gata) ronroneaba cerca del fuego»... P. Albigés: Trad. de *El Renegado*, de Winston Graham. (Barcelona, 1954), pág. 120.

«...ella ronronearía como una mimosa gata rubia»... Zoe de Godoy. Trad. de *En un jardín oscuro*, de Frank G. Slaughter. Barcelona, 1953), pág. 30.

Antes que romper con el sentido propio, específico del verbo *ronronear* y del sustantivo *ronroneo*, que habrá de referirse forzosamente al ruido que hace el gato para demostrar su contento, preferible será, dada la mayor holgura de su significación, servirse del verbo *runrunear*—admitido ya como impersonal por la Academia—para denotar cualquier rumor (voz que corre entre la gente) del latín *rumor*, «ruido confuso de voces», ruido vago, sordo y continuado».

Así lo ha entendido José Vila Selma al traducir *Bajo el sol de Satán*, de Geórges Bermanos. (Madrid, 1955), como se ve por los siguientes ejemplos:

«...como un runruneo de puchero hirviendo»... Pág. 47.

«... una infinidad de mentiras le runrunearon como una colmena». Pág. 52.

«Fué como el runruneo de una multitud inmensa»... Pág. 124.

«...eran dos animales que runrunearon»... Pág. 259.

Ronroneo y runruneo

son dos cosas diferentes.

Usar una voz por otra

es darnos gato por liebre.

UN APRENDIZ DE HABLISTA